

NARRATIVAS MIGRANTES

RELATOS DE
JÓVENES

2

Historias recolectadas por M. Paulina Arnal

Créditos y Copyright

© 2025 Peace and Mobilities Project — Universidad de Bielefeld/

Fundación Comparte

Coordinadora y facilitadora: María Paulina Arnal

Apoyo y logística: Alexandra Salazar, Fundación Comparte

Textos e Ilustraciones: Niñeces de la Institución Educativa Julio Pérez

Ferrero (Cúcuta, Colombia)

Primera edición, Octubre 2025



© **Maria Paulina Arnal, 2026.**

Esta obra se distribuye en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite su lectura, descarga y compartición, siempre que se reconozca la autoría, no se utilice con fines comerciales y no se realicen modificaciones.

*** Sobre este libro...**

01. Un hogar que se destrozó con un secreto

Lila

02. Un nuevo comienzo

Jina

03. Huímos de Venezuela

Isabella

04. Mis emociones desde que llegué a Colombia

Valentina

05. El niño y su gran sueño

Javi

06. Mi historia es así

Sofía

07. La historia de cuando yo viajé

Andrea

08. Un viaje a Colombia

Daniela

09. Cumplir grandes metas y un futuro en grande, como mi familia

Enrique

10. Caminos rotos

Alex

*** Glosario**

*** Sobre migrar...**

Sobre este libro...



Este libro es el fruto de un taller de narrativas realizado en la **Institución Educativa Julio Pérez Ferrero**, en Cúcuta, Colombia, como parte del proyecto **Peace and Mobilities** (Universidad de Bielefeld, Alemania), en colaboración con la **Fundación Comparte**.

Concebido como un **dispositivo colaborativo** para la creación de una **biblioteca de, por y para las infancias en movilidad**, el taller buscó acompañar sus **procesos de memoria, identidad y construcción de paz** a través de la palabra.

Durante varios días, niñas y niños migrantes imaginaron y escribieron sus propias historias, usando nombres ficticios para resguardar sus identidades. En cada relato se entrelazan la fuerza de sus miradas, el eco de sus trayectorias y la esperanza de quienes reinventan el hogar en movimiento.

FUNDACIÓN
Comparte
CONSTRUYENDO
UN MUNDO MEJOR



MSCA-NET

Gracias a todxs quienes acompañaron este proceso.

No sé si ustedes se dieron cuenta, pero mientras escribían, pasó algo raro. No estaban contando solo una historia: estaban armando una memoria. Y lo hicieron con una claridad que a los adultos nos cuesta.

Hablaron del miedo sin pedir lástima. Del viaje sin épica. De la tristeza sin drama. Y eso, créanme, no es poca cosa.

Yo estuve ahí, viendo cómo se pasaban la hoja, cómo pensaban una palabra antes de soltarla. Y cuando por fin la soltaban, se respiraba una especie de catarsis, una limpieza del alma sin dramatismo, solo sus experiencias.

Ojalá todos fuéramos tan avispados para entender la manera en que miran el mundo. Si así fuera, quizás todo sería un poco más humano.

Gracias por compartirme esos ratitos. Por la honestidad, por el humor, por no disimular. Voy a extrañar nuestros almuerzos.

El proceso fue guiado por **María Paulina Arnal**,

investigadora del proyecto Peace and Mobilities, con el valioso acompañamiento de **Alexandra Salazar**, Coordinadora Senior de Proyectos de la **Fundación Comparte** y consultorias externas a la **Lic. Psicóloga Catalina Arnal**.

Este libro deja como legado una biblioteca viva: un espacio donde las voces de las niñas y adolescentes se reconocen como narradoras de su propia historia y constructoras de paz.



01.

Un hogar que se destrozó con un secreto

por Lila

 Venezuela

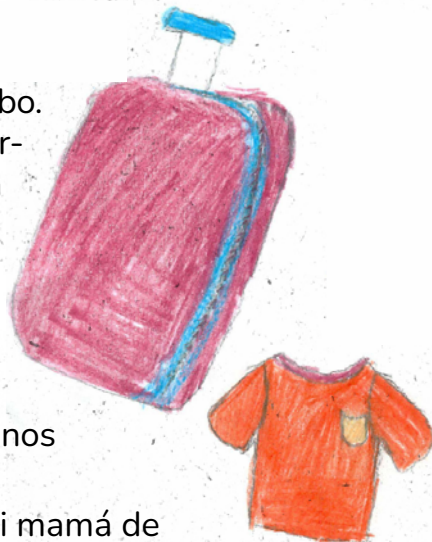


Capítulo 1: Donde callaban las mujeres

Mi historia comienza en Venezuela, en do Yaracuy, en un pueblito llamado Guayurebo. Teníamos una casa en unos terrenos que pertenecían a la familia de mi papá. Él trabajaba en la agricultura, así que durante mi niñez solía pasar mucho tiempo en la calle con mis hermanos, paseando o yendo a las tiendas cercanas. Mejor dicho, muchas veces estaba en la calle porque mis papás discutían mucho, y yo me llevaba a mis hermanos para que no escucharan.

Hubo varias veces en que mi papá corría a mi mamá de la casa, y eso ocurría cuando yo era muy pequeña, alrededor de los siete años.

Eso hizo que varias veces me aislara de mi familia, constantemente. Había momentos en que me divertía haciendo cuentos o jugando en el campo, comiendo frutas. Cuando cumplí ocho años llegó mi hermana Luci, pero mi papá no quiso reconocerla, así que mi mamá le puso sus dos apellidos.



YO CALMABA A MIS HERMANAS ABRAZÁNDOLAS O DICIÉNDOLES QUE DORMIERAN. A MÍ TAMBIÉN ME TRANQUILIZABA MIRAR A MI MAMÁ Y VER A MIS HERMANAS DESCANSAR...

Me hubiera gustado que mi papá no quedara en esos términos con mi mamá, que al menos no se hubiera despojado de nosotras, ya que él le dijo a mi mamá que si nos íbamos, entonces ya no seríamos sus hijas. Esa fue la principal razón por la que ya no me comunico con él.

Si pudiera hablar con mi yo de siete años le diría que en un futuro estará mejor y que ya no tendrá tantas responsabilidades y que podrá estudiar tranquila. A pesar de todo, lo que me alegraba de estar en Venezuela era estar con mis hermanos y correr en la calle en los terrenos, comer en las parcelas y nuestras travesuras en la calle; que nos persigan los perros y volar papagayos (cometas).



YO ERA UNA NIÑA BASTANTE TÍMIDA A CAUSA DE QUE MI PADRE ERA BASTANTE MACHISTA. POR ESO MI MADRE PERDIÓ EL AMOR, PUES CON EL TIEMPO ÉL SE VOLVIÓ AGRESIVO Y MI MAMÁ, SIN OPCIONES, SALIÓ DEL PAÍS. EMIGRAMOS A COLOMBIA.

Capítulo 2:

Buscando un nuevo amanecer

Esos días no fueron fáciles... Fueron tres días de viaje, y mi mamá sufrió mucho porque dejó a mis hermanos menores atrás y solo nos pudo traer a nosotras, sus únicas hijas. Mi papá nunca cuidó a sus hijas mujeres, entonces mi mamá sabía que los únicos



que estarían bien con él serían los varones. Lo primero que pensé fue que me dolería mucho y que me harían mucha falta aquí en Colombia. Y es verdad, me hacen falta, pero siempre encontramos la manera de comunicarnos con ellos.

En el camino, nos agarraron unos guardias y nos quitaron varias cosas, como ropa, comida y dinero. Eso ocurrió en la madrugada del tercer día. Mis hermanas se escondían bajo las sillas, constantemente nerviosas o asustadas. Cuando nos quitaron algunas prendas, ellas lloraban porque se llevaron ropa de ellas. Cuando eso pasó, me gustaba pensar que cuando saliéramos lo olvidarían, y así fue. Luego se calmaron y ya no lo recuerdan.

Yo, en cambio, solo me quedaba callada y las abrazaba. Aunque a veces tenía miedo, me quedaba en silencio y no dije nada a los guardias. En ese momento, ellos solo querían cosas para vender y dinero. Recuerdo mucho que el auto frenó y empezaron a revisar los bolsos y las identificaciones. Eso fue lo que nos despertó. Estábamos en la frontera, y aunque no reconocí bien a los guardias porque era de noche, sí sé que eran venezolanos,

ya que estábamos en la frontera de Venezuela con Colombia.

Aunque mi mamá no lo sabe, yo siempre estuve despierta y lo vi todo, mientras mis hermanas, después de un rato, ya dormían en sus asientos. Cuando llegamos, tuvimos que tomar un taxi y fuimos a donde vivía la pareja actual de mi mamá, mi padrastro. En el camino, mi mamá pasó por muchas cosas. A mis hermanas pequeñas les costó adap-



tarse a él, ya que mi mamá no nos había dicho mucho sobre su relación, y mis hermanas lloraban constantemente porque extrañaban nuestro hogar. Con el tiempo, nos adaptamos.

HUBO MUCHAS VECES, CUANDO RECIÉN LLEGUÉ AQUÍ, EN QUE LE TENÍA TERROR A CUALQUIER CHICO, INCLUSO A MI PADRASTRO. PERO ESO ERA POR LAS DISCUSIONES CON MI PAPÁ.

No toleraba ninguna mirada de un hombre, porque me ponía a la defensiva; era mi manera de no sentirme pequeña o vulnerable. Me sentía vulnerable porque pasé por insultos y miradas malas hacia mí, y eso me hacía sentir mal, triste la mayor parte del tiempo. Por eso me volvía agresiva: era mi forma de no ser la víctima o de no dejarme pisotear por nadie. Ahora tengo varios chicos que son mis amigos. Ellos, a pesar de que todavía soy un poco agresiva, no pelean conmigo. Solo me ayudan a calmarme y me tienen paciencia. Aun así, sigo con la costumbre de mantenerme a distancia de los hombres, porque todavía no les tengo plena confianza. Pero estoy mejorando poco a poco, con la ayuda de otras personas.



Capítulo 3:

Donde aprendo a reconstruir

Y aquí ando, lectores. Después de tres años, aún seguimos adaptándonos, pero felices y disfrutando de esta nueva oportunidad de estudiar. Y si se preguntan por mis hermanos, siguen en Venezuela, pero ahora viven con mi abuela y están más felices. Ahora aún me cuido sola y también cuido a mis hermanas, pero ya no es tanto trabajo. Me encargo de mis tareas, estudio con más libertad y me gusta. Además, este colegio es bastante intenso, incluso más que en Venezuela, pero ya me acostumbré y no me agobio como antes con las tareas. Estoy más relajada y disfruto lo que hago.

Lo que ahora me gustaría aprender es a tocar algún instrumento de cuerda, como el violín, ya que son instrumentos que me gustan mucho. Gracias por leer mi historia.

FIN.

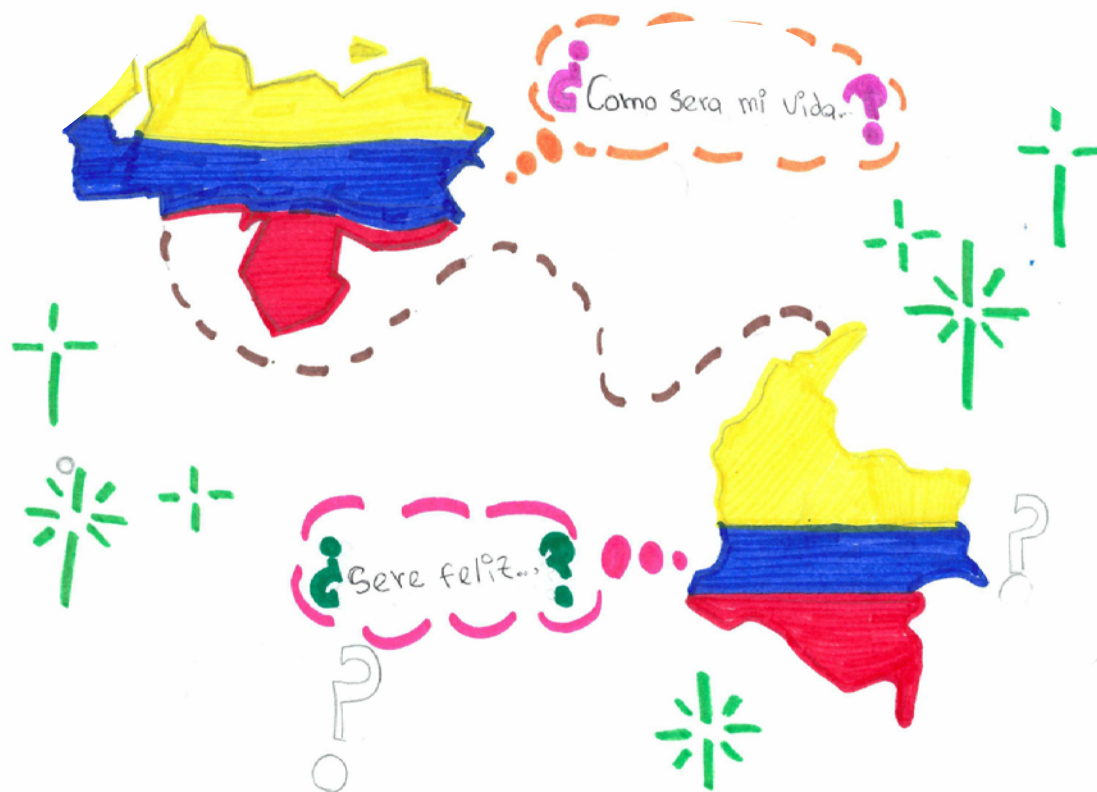


02.

Un nuevo comienzo

por Jina.

 Venezuela



Esta historia comienza como muchas otras: el día en que Jina tuvo que dejar su país, Venezuela, el 9 de agosto de 2023, junto a su mamá y sus dos hermanas. Jina era una niña de buenos valores, nobles sentimientos y gran corazón. Tenía amigos, familiares y, a pesar de todo, una vida feliz. Vivía con su madre -la cabeza de familia- en Barquisimeto, estado Lara. Su casa era pequeña y tenía dos cuartos.



A veces Jina se sentía triste porque nunca vivió con su papá.

Cuidaba de sus dos hermanas mientras su mamá trabajaba vendiendo postres o haciendo aseo en casas. A fin de cuentas, ella fue y cumplió el papel de padre y madre.

Un día como cualquier otro, Jina llegó de la escuela muy emocionada porque había sacado una buena nota en una tarea. Pero para su sorpresa, encontró a su madre con una expresión seria. Ella le dijo:

- Jina, debemos irnos del país por la situación económica, por la salud de tus hermanas y también por una mejor educación. A tus dos hermanas las diagnosticaron con autismo.

En ese momento, Jina pensó en decirle a su madre que no quería irse, que era feliz allí. Sin embargo, una semana después emprendieron el viaje, llevando consigo maletas con ropa y sus instrumentos musicales, porque desde pequeña le encantaba la música.

DETABAN ATRÁS A SUS FAMILIARES, AMIGOS Y UN MONTÓN DE SUEÑOS QUE JINA NO SABÍA SI ALGÚN DÍA PODRÍA CUMPLIR. NO CONOCÍA NADA DE COLOMBIA Y NO SABÍA CÓMO LA TRATARÍAN.

Durante el camino, miró los paisajes de su país con tristeza y nostalgia, pensando que tal vez no volvería a verlos. Al principio creía que la iban a juzgar por ser de otro país, que nadie querría su amistad y que la felicidad que tenía desaparecería. Pero poco a poco esos pensamientos se transformaron. Jina empezó a pensar en cómo continuar su vida, cómo seguir siendo esa persona que, aunque estaba triste, hacía lo posible por hacer felices a los demás.

Cuando llegaron a Colombia, las cosas que temía nunca pasaron. La primera noche se quedaron en la casa de una amiga de su mamá. Al segundo día, Jina, su madre y sus hermanas salieron a conocer los paisajes y los parques. Visitaron muchos lugares, y Jina estaba sorprendida y emocionada. **En una de esas salidas conoció a una niña de su mismo país, incluso del mismo estado. Se llamaba Kitty -o ese era su apodo-**

Hablaron sobre cómo habían llegado a Colombia y se prometieron ser amigas para siempre. Cuando empezó el colegio, Jina se sentía un poco insegura y no sabía si la iban a tratar bien. Pero Kitty la apoyó, y, a pesar de todo lo que pensó al principio, su nuevo comienzo tuvo un final feliz. Pasaban tiempo juntas, hacían pijamadas y se contaban sus problemas. Una vez, Kitty se sentía mal y pensaba que era una mala persona. Jina, triste al verla así, le dijo:

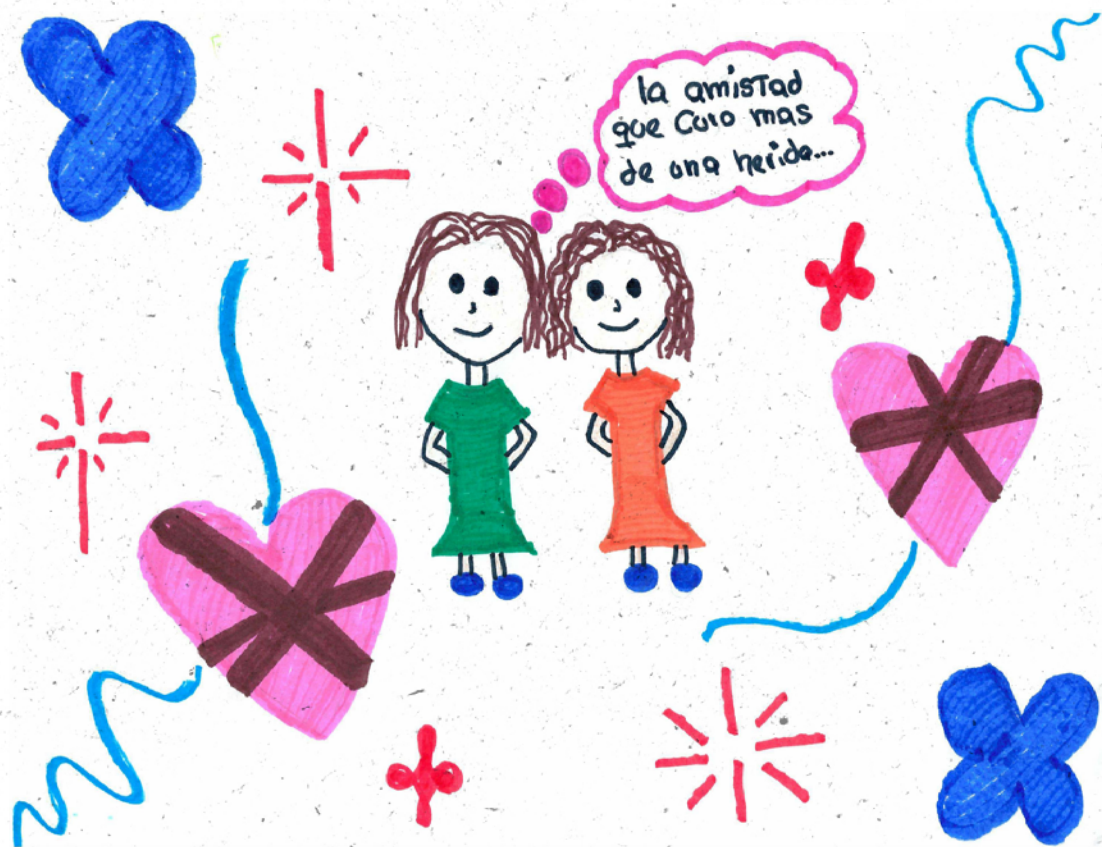
- Si no te hubiese conocido, no tendría la misma sonrisa ni la misma felicidad que tengo.

Desde entonces, siempre se acompañaron y nunca dejaron de hablar. Jina nunca había sentido una conexión tan fuerte con otra persona. Con el tiempo, también conoció a otras amigas que la apoyaban igual que Kitty, y se sentía feliz cuando estaba con ellas.



A VECES PIENSA QUE, SI NUNCA HUBIERA VIATADO A COLOMBIA, NO HABRÍA CONOCIDO A SUS AMIGAS NI TENDRÍA TANTAS OPORTUNIDADES CON SU MÚSICA.

Junto con su madre y sus dos hermanas, siguió adelante. Hoy en día, Jina vive su vida rodeada de su familia y sus amigas, agradecida por todo lo que aprendió en el camino.



03.

Huimos de Venezuela

por Isabella

 Venezuela



Hola, lectores. Hoy quiero compartir con ustedes la historia de cuando mi mamá y yo tuvimos que escapar de Venezuela. Nací en el hospital Táchira, en Venezuela. **Vivía con mis padres en una familia feliz... hasta que un día todo cambió.**

Tenía alrededor de cuatro años. Mi mamá tenía una tienda donde vendía una gran variedad de productos, pero tuvo que cerrarla porque ya no podía conseguir mercancía. Ese mismo día, mis padres se separaron. **Me sentí muy triste, ya que comprendía que nada volvería a ser igual.**

MI MAMÁ ME DITO QUE TENÍAMOS QUE IRNOS. TENÍA MU-
CHO MIEDO DE IR A OTRA PARTE QUE NO ERA MI HOGAR.
AGARRAMOS DOS BOLSOS Y LOS LLENAMOS DE ROPA. EL ÚNICO
RECUERDO QUE ME LLEVÉ DE MI PAPÁ FUE UNA COBITA QUE
ÉL ME HABÍA REGALADO CUANDO NACÍ. Y ASÍ, CON ESA CO-
BITA Y LOS DOS BOLSOS, NOS FUIMOS.



Cobija que me
dio mi papá

Cuando llegamos a un lugar llamado Cúcuta, sentí mucho miedo. No me sentía segura de estar allí, no era lo mismo que en Venezuela, con mi casa y mi papá. Lo extrañaba mucho, pero mi mamá me dijo que lo volvería a ver. Con el tiempo, mi mamá conoció a un muchacho en Cúcuta. En realidad, ellos se conocían de mucho antes, eran amigos. Cuando llegamos aquí nos quedábamos en lo de una tía. Tiempo después ellos se enamoraron y juntos construimos una casita de tablas, con techo de lámina. Es pequeña, no tiene buen material ni buenas camas donde dormir; no tengo habitación y no tenemos camas, por eso son incómodas porque dormimos en el piso, pero no importa: al menos tenemos un techo donde vivir.



Ahora tengo dos hermanos, uno pequeño y otro grande. Hoy estoy en la escuela, estudiando para salir adelante. **Lectores, tengo dos noticias: una buena y una mala.** La buena es que cuando llegue diciembre, o cuando salgo de vacaciones, si paso el grado, puedo ver a mi papá. La mala es que, si no paso de año, no podré ir a verlo. Pero tengo la esperanza de que lo lograré, porque quiero volver a abrazarlo pronto.

Antes de terminar, quiero escribirle una carta:

HOLA, PAPÁ: ¡CÓMO ESTÁS? DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE TE VI, TE EXTRAÑO MUCHO. ESTOY ESTUDIANDO, COMO TÚ QUERÍAS, Y MUY PRONTO NOS VOLVEREMOS A VER. TE EXTRAÑO.

ATENTAMENTE, TU HITA QUE TE QUIERE

Antes de irme y seguir saliendo adelante, tú que estás leyendo mi historia, te daré una enseñanza:

LA VIDA DA MUCHAS VUELTAS, ES COMO UN CARRUSEL, Y NO SABES LO QUE PASARÁ. ASÍ ME PASÓ A MÍ:

No sabía que nos íbamos a ir de nuestra casa ni que me alejaría de mi papá. Espero que te haya gustado mi historia y gracias por escucharme.

04.

Mis emociones desde que llegué a Colombia

por Valentina

 Venezuela



Capítulo 1:

La llamada que cambió las noches

Mi nombre es Valentina, tengo 14 años, y mi historia comienza en Venezuela. Mi vida era alegre, tranquila y muy unida. Mis mañanas eran normales: me levantaba a las ocho, y mi abuela ya me tenía listo el desayuno. Siempre comía arepas de maíz, luego me alistaba para ir al colegio. Era muy buena en matemáticas y me encantaba inglés.

En ese momento yo era feliz y me alegraba ver cómo mi familia superaba todas las adversidades y los conflictos.

Las noches eran mi parte favorita: toda mi familia se reunía para cenar. Hablábamos, reíamos y contábamos cosas del día. En esas noches sentía que todo estaba

en su lugar. También me agradaban mucho mis amigos; tenía varios, la mayoría del colegio. Eran divertidos, alegres y siempre me hacían reír.

Un día, el 23 de mayo de 2022, estaba en el patio de mi casa con mi familia. Todos reíamos, jugábamos y bailábamos. De repente, a mi papá le llegó una llamada inesperada, una llamada que marcaría toda mi historia. Era mi abuela Tita. **Tenía algo importante que decirle: debía viajar a Colombia para poder continuar mis estudios.**



Mi papá salió del lugar para responder la llamada. Cuando regresó al patio, estaba destrozado y llorando. Todas las risas se convirtieron en un silencio incómodo. Todos queríamos saber qué había dicho mi abuela. Cuando contó lo sucedido, todos quedamos en shock.



EN ESE MOMENTO, MI VIDA SE ROMPIÓ.
SENTÍ QUE TODO SE ME VENÍA ENCIMA.
SABÍA QUE NADA VOLVERÍA A SER IGUAL.
LLEGÓ EL DÍA DE MI DESPEDIDA. TODOS
ESTÁBAMOS TRISTES.

Capítulo 2: La despedida

El 18 de junio llegó el día de mi partida. **Armé mis maletas y dije pocas cosas.** No quería dejar mucho atrás, porque tenía miedo de que lo botaran o lo regalaran por accidente. Me fui en la tarde, como a las dos. Mientras guardaba mis cosas, pensaba que las noches ya no serían iguales, que ya no habría risas ni abrazos antes de dormir.



Capítulo 3:

El nuevo lugar

Cuando llegué a Colombia, extrañaba mucho a mi familia. Me hacían falta en todo momento. El viaje había sido largo y agotador, lleno de un silencio amargo. Aunque estaba con mi abuela, me sentía vacía. Miraba mis maletas llenas de ropa y recuerdos. Desde que llegué, no quería estar allí; solo quería volver. Esos días fueron muy difíciles. Mi mente estaba llena de recuerdos. Me sentía ahogada en ellos. Pero, en el fondo, sabía que no estaba bien. Si pudiera ser otra vez esa Valentina de ese tiempo, no me encerraría. Lucharía por mis sueños y dejaría mi nombre en alto.

Comencé a ir al psicólogo. Luego, mi papá me llamó por videollamada. Me habló con ternura y me dijo algo que nunca olvidaré:

—Si tú estás bien, yo también lo estaré.

Esas palabras me dieron fuerza. Entonces decidí empezar desde cero. Comencé a cuidarme, volví al colegio, hice muchos amigos y, poco a poco, empecé a sentirme mejor.

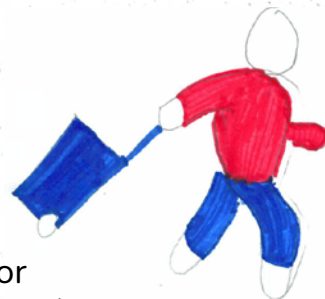
Hoy sé que esta historia no termina aquí. Esta historia continuará.



El niño y su gran sueño

por Javi

 Venezuela



Primer tiempo:

“Salimos jugando desde el fondo”

Mi historia comienza cuando me vine de Venezuela por la separación de mis padres y por lo difícil de la situación de allá. Nos trajimos solo ropa. En los primeros minutos del viaje estaba muy ansioso por las cosas nuevas que iba a conocer. Caminamos mucho rato para conseguir el terminal y poder ir a Colombia.

CUANDO POR FIN NOS MONTAMOS EN EL BUS, NO PUDE DORMIR DURANTE TODO EL VIAJE. YA CUANDO ESTÁBAMOS LETOS, ME EMPEZÓ A DAR MIEDO POR TODAS LAS CURVAS, PORQUE SI EL CHÓFER LAS HACÍA MAL PODÍAMOS SALIRNOS POR EL ACANTILADO.

Con el tiempo me fui acostumbrando al trayecto de la carretera. Tuvimos nuestra primera parada: salimos a comer, a cepillarnos y a cambiarnos. Luego nos subimos de nuevo al bus. Cada vez me emocionaba más.

Durante el viaje me dio un ataque de asma por el frío que hacía, pero aguanté. Por fin llegamos al terminal de Colombia. Cuando vi los taxis y las busetas me asombré mucho, porque nunca había estado en otro país.

Nos montamos en una buseta llamada Trazan hasta la casa donde nos íbamos a quedar. Nos esperaban mi tía y mi padrastro, a quien quiero como a mi padre, incluso más que al que me engendró. **Cuando llegó mi mamá, me dijo que solo estaríamos quince días... y ya llevo siete años acá.**

Entretiempo:

“Cambio de cancha, mismo corazón”

A los cinco días me inscribieron en la escuela Jaime Garzón. Siempre quedaba en el primer puesto y participaba en coplas, poemas y otras actividades. Al regresar del colegio descubrí que un compañero vivía cerca de mi casa y empezamos a compartir tiempo juntos. Con el tiempo, mis padres compraron un lote y mandaron a construir nuestra casa. Mientras tanto tuvimos que arrendar un lugar donde quedarnos. **Un día, un señor nos regaló una perra.** Cuatro meses después tuvo ocho cachorros. Los regalamos casi todos, excepto uno, porque era diferente a los demás. Después la perra se murió y nos quedamos con el cachorro que había quedado. Siempre me esperaba en la puerta cuando llegaba del colegio y dormía conmigo. Por las tardes íbamos a la cancha a jugar fútbol. Cuando cumplió un año, el perro se enfermó. Me tocó ir a estudiar y, cuando regresé, me dieron la noticia de que había muerto. A todos nos dolió mucho.



Segundo tiempo:

“La pelota vuelve a rodar”

Al pasar el tiempo me empezó a gustar el fútbol y creció una gana en mi corazón. **Así fue surgiendo mi sueño:** empecé a ver los partidos y vi jugar a la selección argentina. Me gustó el número 10 y, jugando al fútbol y pensando siempre en mi ídolo, me seguí motivando. A los 12 años jugué en mi primer club, América de Cali, y siempre sobresalía por mi habilidad. Mis padres siempre me apoyan. A los 14 tuve una lesión y me tocó dejar el club por algunos meses.

Volvimos a Venezuela a visitar a mi familia. Comimos, fuimos a la playa, hablamos con mi hermana mayor y salimos de compras.

Luego regresamos, y desde entonces quiero volver al club, porque me aburro mucho en casa y quiero darme a conocer y encontrar una oportunidad para cumplir mis sueños.

Tiempo extra

A los tres meses de haber llegado, me inscribieron en la escuela de fútbol del barrio. **Le puse ganas, esfuerzo y todo el corazón.** Con el tiempo, el equipo empezó a crecer. Fuimos a jugar partidos lejos de casa y gracias a nuestro trabajo, conseguimos nuestra primera medalla y nuestro primer trofeo. Pero un día, el entrenador tuvo que dejar el equipo por asuntos de trabajo. Sentí que mis sueños se iban cerrando poco a poco, porque ya nadie más entrenaba en el barrio. Pasaron los años... Y cuando llevaba seis años viviendo en Colombia, llegó un nuevo entrenador.



Mi historia es así

por Sofia

 Venezuela



En Venezuela yo vivía con mi tío y mis abuelos. Mi mamá se había ido para Colombia, y mis familiares discutían sobre quién se quedaría con nosotras, porque mi papá no nos estaba cuidando bien. Al final, nos fuimos a vivir con la mamá de mi mamá. **Tiempo después, mi mamá decidió venir desde Colombia por nosotras, para llevarnos con ella.**





Cuando mi mamá llegó a Venezuela, mis hermanas y yo estábamos muy felices. A los pocos días, ella nos dijo:

-Despídanse de sus familiares, ya nos vamos a Colombia.

DESDE QUE ME MONTÉ EN EL AUTOBÚS, LLORABA PORQUE NO QUERÍA SEPARARME DE MI ABUELA. PERO MI MAMÁ NO QUERÍA QUE ME PASARA LO MISMO QUE A ELLA, Y POR ESO TUVIMOS QUE IRNOS.

Después de muchas horas sentadas, llegamos a Colombia. Fuimos a la casa de mi mamá, y mi padrastro nos recibió con alegría, igual que las personas que estaban allí. Desde ese momento me volví más fría, más seria y un poco enojona, pero nunca mala, porque mi abuela me enseñó a ser buena persona.

Después de unos meses, mi mamá me inscribió en la escuela más cercana. **Yo estaba preocupada por no poder acostumbrarme a esta nueva etapa de mi vida, pero después de unos días, poco a poco, me fui adaptando.**

En ese tiempo, mi papá no sabía que mis hermanas y yo estábamos en Colombia. Entonces se creó un problema entre los familiares, y mi papá nos dijo que teníamos que escoger entre él o mi mamá. Nosotras dijimos que mi mamá, porque teníamos cuatro años sin verlo. Mis familiares se enojaron mucho.

Pasaron unas semanas sin que pudiera hablar con mi papá, hasta que un día me dijeron que había tenido un accidente en su moto. Cuando me lo dijeron, me asusté mucho. Quería ir a verlo, pero no pude. Pasaron los días y supe que estaba mejorando, y eso me puso muy feliz. Ahora solo quiero estar con él pronto, para cuidarlo. **Eso es lo único que deseo en este momento de mi vida.**



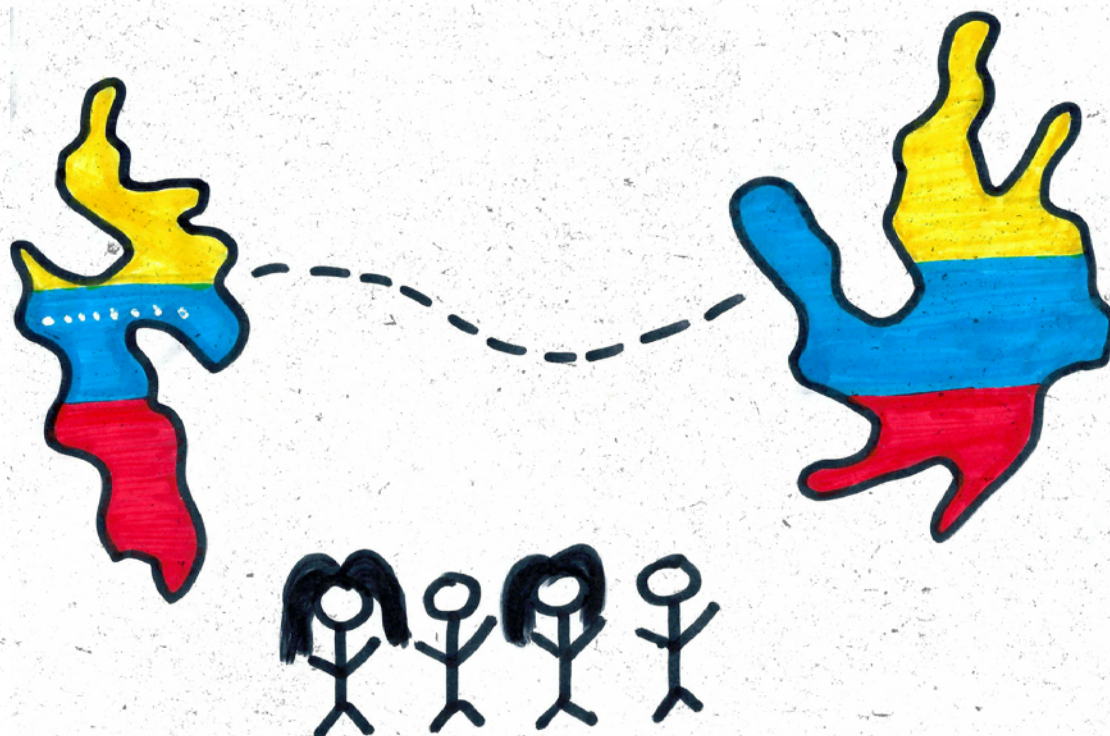
07.

La historia de cuando yo viajé

por Andrea



Venezuela



Mis papás se separaron por situaciones difíciles, de esas que hacen ruido en la casa. Mi hermano mayor tenía unos cinco años cuando eso pasó, y yo todavía no había nacido. Al día siguiente de una gran discusión, mi mamá fue al hospital y yo llegué al mundo. **Viví un tiempo con mi tía. Ella me trató como una mamá, como la mamá que a veces me faltaba.** Me enseñó muchas cosas buenas, me cuidó y me hizo sentir segura. Gracias a ella fui una buena estudiante. Cuando tenía dos años, mi mamá se fue a la casa de otra tía y me dejó con mi tía. Se fue con mi hermano.

UN DÍA ELLA VOLVIÓ. RECUERDO QUE ESCUCHÉ SU VOZ Y ME ALZÓ CON ALEGRÍA. EN ESE MOMENTO SENTÍ QUE ELLA SÍ ME ENTENDÍA. MI VIDA CAMBIÓ MUCHO PORQUE MI MAMÁ YA TENÍA PAREJA, Y YO NO CONOCÍA A NADIE.

Algunos me trataron bien y otros no tanto, pero yo era pequeña y no podía hacer mucho. Con el tiempo empecé a estudiar. En tercero conocí más niños y me enteré de que tenía un primo en el mismo salón. Me trató muy bien, y también conocí a mi profe, que era amable y cariñosa.

Unos días después llegó una tía llamada Anadelina, pero todos le decían Choco, como un programa de televisión que veía con su perrita Ova. La tía Choco se vino del pueblo porque decían que su pareja la estaba engañando y también porque quería ver a mi abuela. Se quedó mucho tiempo con nosotros y nos dejó a su perrita cuando tuvo que volver al pueblo. Ova era pequeña, tierna y juguetona. Cuando la tía regresó, venía triste, pero después conoció a una persona y se pusieron de novios. Se querían mucho. Tiempo después empezó a tener dolores de cabeza, y todos nos preocupamos por ella. **Y hasta aquí ha llegado mi historia.**

Un viaje a Colombia

por Daniela



Venezuela



Mi historia comienza desde que tenía dos o tres años... la verdad, no me acuerdo muy bien. Ahora tengo doce años, y mi nombre es Daniela. Nosotros decidimos venirnos porque mi papá llevaba varios años aquí, en Colombia, trabajando. A veces iba a visitarnos cada año o cada mes.

LA VERDAD, MIS PAPÁS LO PENSARON MUCHO, PORQUE A NOSOTROS NOS GUSTABA NUESTRO PAÍS. ÉRAMOS FELICES ALLÁ.

Recuerdo que cuando me dieron la noticia, estaba en mi casa con mi hermano y mi mamá. Ellos me dijeron: *-Tenemos que ir a Colombia, porque tu papá está allá trabajando y queremos estar unidos como familia.*

Ellos no querían seguir distanciados, por eso tomaron la decisión de venir a Colombia conmigo, mi hermano mayor y mi mamá. Lo que más me dolió fue separarme de mi abuela, mi abuelo y mi primo.

Cuando llegamos aquí, todo era muy diferente. Ya estábamos acostumbrados a vivir en Venezuela, y me costó un poco adaptarme, porque no conocía a nadie, no tenía amigos ni niños con quienes jugar. Pero después llegaron dos niñas al barrio, empezamos a hablar, y desde ahí nos hicimos amigas. Con el tiempo, jugábamos todos los días. Pasaron dos o tres años. Cumplí cinco y empecé a estudiar preescolar aquí. Todos los profesores decían que yo era muy inteligente. Incluso le preguntaron a mi mamá si aceptaba que me pasaran a primer grado. Pero ella no aceptó, porque quería que yo viviera esa experiencia y también porque todavía estaba muy chiquita.

DESDE PEQUEÑA HE QUERIDO SER DOCTORA, Y TODAVÍA TENGO ESE SUEÑO. TAMBIÉN ME GUSTA MUCHO EL FÚTBOL, AUNQUE NO SOY MUY BUENA.

He pensado dejar de jugar y se lo he dicho a algunos compañeros, pero ellos me dicen que no lo haga, que soy muy buena. Aun así, ya tomé la decisión de dejar el fútbol. Quiero practicar otro deporte, tal vez patinaje o natación... no sé cuál todavía. Sí, soy una niña y me gusta el fútbol. Mi jugador favorito es Cristiano Ronaldo, y mi equipo favorito es el Real Madrid. También le voy a Portugal, porque allí juega mi jugador favorito. **Y hasta aquí ha llegado mi historia. Gracias por leerla.**

Cumplir grandes metas y un futuro en grande, como mi familia

por Enrique



Hola, soy Enrique, tengo 15 años y soy un niño futbolista. Vengo de Venezuela junto a mi mamá y mi hermana. Viajamos a Colombia para ayudar a mi abuela, que necesitaba una operación por cáncer, y también para cumplir algunas metas: superarme en los estudios y alcanzar cosas que no pude lograr en mi país.

Un día en Venezuela, un tío le dijo a mi mamá que mi abuela estaba muy grave. Mi mamá, sin pensarlo mucho, decidió venir a Colombia.

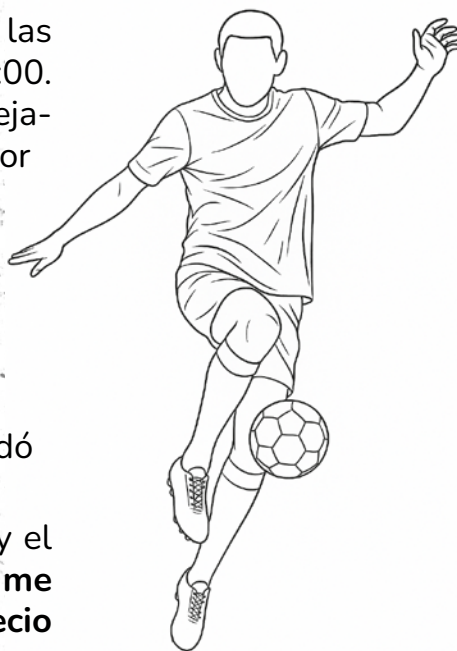
Tomó sus pocas cosas -solo “tres trapos”, como ella dice- y, con el poco dinero que tenía en la billetera, salió de viaje conmigo y con mi hermana.

Era de noche, como a la 1:30 o 2:00 de la madrugada, y desde nuestro pueblo hasta la frontera había unas dos horas de camino. Antes de irnos, mi mamá le pidió a una vecina que cuidara la casa.

Llegamos al puente fronterizo como a las 4:00 de la mañana, pero lo abrían a las 6:00. Mi mamá se puso a llorar porque no la dejaban pasar a Cúcuta. Estaba desesperada. Por suerte, a las 5:00 a. m., unos policías de Colombia nos dejaron cruzar. Con mucha rapidez seguimos el camino y llegamos al barrio El Opita, en Cúcuta. Allí vimos a mi tío, que estaba muy triste por la salud de mi abuela. Fuimos con él hasta la casa de mi abuela, donde mi mamá se quedó cuidándola.

La operación de mi abuela fue muy dura, y el cambio de país también. **Pero todo eso me enseñó a expresarme con gratitud y aprecio hacia las personas, tanto en el colegio como en otros lugares.**

Mi meta es ser un gran deportista, y lo estoy logrando con esfuerzo y pasión. Quiero ser portero profesional, como los grandes jugadores del fútbol mundial.

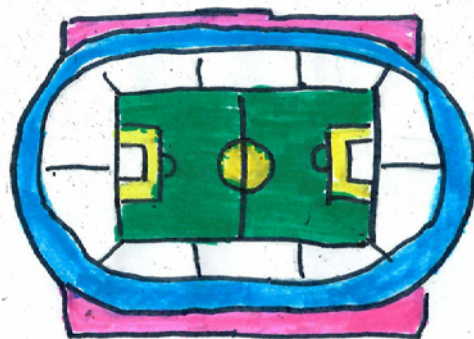
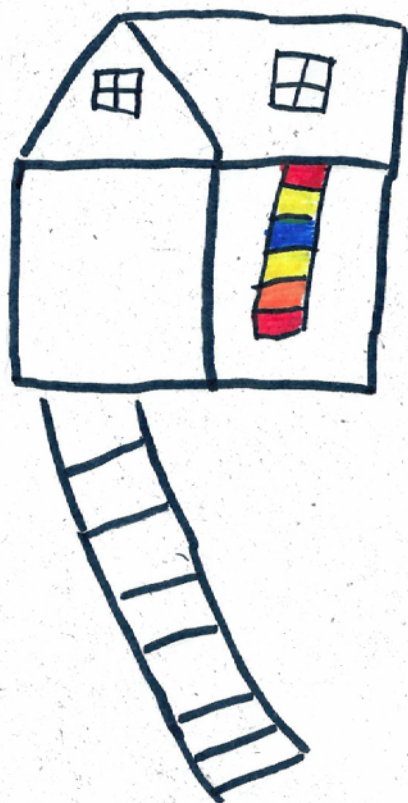


SUEÑO CON LLEGAR A ESPAÑA, JUGAR ALLÁ Y TENER A MI FAMILIA CONMIGO: MI MAMÁ, MI HERMANA Y MI ABUELA. ESA ES MI MOTIVACIÓN CADA DÍA.

10.

Caminos rotos

por Alex



Había un niño llamado Alex, tenía 14 años y vivía en San Cristóbal, Venezuela. Él quería hacer la carrera militar. **También tenía un gran miedo: perder a su mamá.** Alex trabajaba en la tienda de su tío, donde limpiaba patines y zapatos.

Un día, mientras estaba en casa, lo llamaron para decirle que podía participar en un campeonato en Barranquilla. Muy emocionado, empezó a alistarse. Buscó un bolso para guardar los guantes y las cremas para las piernas, y luego se montó al bus con su equipo. **Durante el viaje pusieron música, rieron y pasaron un buen rato.** Cuando llegaron al estadio, comenzaron a entrenar. Después de un rato empezó el partido, que terminó 5-1.

PERO UN DÍA LLEGÓ SU PADRASTRO Y EMPEZÓ A PELEAR CON SU MAMÁ. ELLA LE PREGUNTÓ POR QUÉ DISCUTÍA, PERO ÉL NO CONTESTÓ. AL RATO COMENZARON A PELEAR OTRA VEZ Y ÉL LE PEGÓ. ELLA TAMBIÉN LE RESPONDIÓ, Y FUE UNA SITUACIÓN MUY DIFÍCIL.

Al día siguiente, decidieron irse de Venezuela. Viajaron hasta la frontera, cruzaron hacia Colombia y llegaron a la casa de la nona, la abuela de Alex.

Glosario

☀ **Arepa:** Comida típica de Venezuela y Colombia hecha a base de masa de maíz seco molido o harina de maíz precocida. Tiene forma circular y aplanada, y se cocina a la plancha o frita. Se suele abrir y rellenar con queso, carne u otros alimentos.

✳ **Cobija / Cobita:** Manta, frazada o cobertor que se usa en la cama para taparse y abrigarse del frío.

☀ **Papagayo:** En Venezuela, es el nombre que se le da a la cometa, barrilete o volantín. Es un juguete de armazón ligero cubierto de papel o plástico que vuela con el viento sosteniéndolo de un hilo.

☀ **Buseta:** En Colombia y otros países del Caribe, es un autobús, colectivo o camión pequeño que se usa para el transporte público de pasajeros dentro de la ciudad.

Sobre migrar...

Migrar no es solo cambiar de lugar. No es únicamente empezar de nuevo en otro sitio. Migrar también es una experiencia emocional profunda, que toca aspectos muy íntimos de la vida de una persona y de una familia.

Cuando alguien migra, algo queda atrás. Y eso que queda no es solo una casa o un trabajo: también se dejan costumbres, afectos, formas de hablar, maneras de entender el mundo. Por eso, toda migración implica un duelo. Un proceso interno que muchas veces no se ve, pero que se siente.

El duelo migratorio no siempre se expresa como tristeza evidente. A veces aparece como cansancio, irritabilidad, sensación de desorientación o dificultad para sentirse “en casa” en el nuevo lugar. Y esto es esperable: el cuerpo y la mente necesitan tiempo para reacomodarse.

No todas las migraciones son elegidas desde el deseo. Hay personas y familias que migran porque no tienen otra opción. Porque las condiciones en su lugar de origen se volvieron difíciles, injustas o incluso violentas.

Cuando hay violencia —económica, social, política o incluso familiar— la experiencia migratoria puede

volverse más dolorosa. Puede dejar marcas que no siempre son fáciles de explicar. A veces, lo vivido resulta tan intenso que cuesta ponerlo en palabras.

Y sin embargo, poner en palabras lo que pasó es muy importante.

Hablar, contar, nombrar lo vivido —aunque sea de a poco, aunque duela— ayuda a que esas experiencias no queden atrapadas adentro. No se trata de olvidar ni de “superar” rápidamente, sino de poder ir armando un relato propio. De darle un lugar a lo que pasó, para que no aparezca solo en forma de malestar, de silencios o de conflictos.

En las familias, esto cobra un valor especial. Muchas veces, lo que no se dice circula igual: en gestos, en climas, en preguntas sin respuesta. Generar espacios de escucha y de palabra puede ayudar a que cada integrante encuentre su modo de elaborar lo vivido.

Reconocer que migrar puede doler no le quita valor a la búsqueda de una vida mejor. Al contrario, la vuelve más humana, más real. Porque solo cuando lo vivido encuentra un lugar, también puede abrirse camino lo que está por venir.



Catalina F. Arnal

Lic. en Psicología

NARRATIVAS MIGRANTES

Este libro no le escribe a una patria perdida.

Le escribe a las ausencias.

No es el país lo que se fue, ni del que se fueron.

Son los abrazos, los olores, las voces que quedaron del otro lado del borde.

Hogares que se rompieron, vínculos que se desarmaron sin querer.

Vidas que tuvieron que volver a empezar.

Y están ellxs, pibes que escribieron estas historias. No para dar lástima, ni para cumplir -o quizás sí, nunca lo sabré-.

Escribieron para poner en palabras lo que dolía callar, para entender un poco, para seguir andando. Son relatos sobre lo que pasa cuando el mundo se vuelve demasiado duro.

Sobre madres, tías, nonas que sostienen y cuidan solas; hijxs que buscan su lugar y amores que no siempre alcanzan.

Cada cuento es una mirada sobre lo que se pierde y sobre lo que todavía puede encontrarse: buscando, en medio de la movilidad, la paz.

Paulina Arnal



MSCA-NET

